

*La Sororidad:
solidaridad entre mujeres*



MARÍA RODRÍGUEZ LORCA

pp. 301-307

*Revista Paideia 118 (2023),
ISSN: 0214-7300*

Para mi yaya.

Dedicado a todas aquellas mujeres que han trabajado desde la infancia, a esas mujeres que han aguantado largas horas bajo el sol, que han conocido el sufrimiento y la miseria, y que, a pesar de todo, han sido felices. A ellas, niñas y adultas al mismo tiempo, ingenuas y maduras, les dedico este relato.

Dos mujeres están sentadas alrededor de una mesa. Una de ellas es anciana, ronda los 80 años, y su mirada está cargada de experiencia. Está sentada en un austero taburete, pues nunca le han gustado las sillas con respaldo, y mira a la joven que tiene enfrente con ternura, esbozando una tenue sonrisa. La chica joven la mira con solicitud y le hace preguntas sobre su vida antes de casarse. La llama “yaya”, lo que nos hace pensar que es su nieta. La anciana, poco acostumbrada a tantas preguntas y tanta curiosidad por su vida, se queda bastante sorprendida y, al mismo tiempo, se siente halagada. Tras unos instantes de titubeo, comienza a hablar. De todo lo que aquella mañana le relató, la joven se queda con una escena en concreto, que hace que su corazón se estremezca y sienta la necesidad de contarla. Es esa escena la que ha motivado la escritura de este relato.

...

Tenía 9 años cuando empecé a trabajar. A pesar de ser la mediana de las hermanas, siempre he hecho la función de la mayor y empecé desde mi más tierna infancia a ayudar a mis padres en el campo. Mi hermana mayor sufrió un *paralí* que le paralizó la mitad del cuerpo cuando era pequeña, lo que hizo que tuviera una salud muy delicada, que le impedía realizar esfuerzos físicos. Aún recuerdo cuánto le costó a la pobre aprender a andar y realizar acciones tan simples y cotidianas como atarse los cordones de los zapatos. A causa de su estado físico, todas las responsabilidades y los sacrificios de la hermana mayor recayeron inmediatamente sobre mí. Cuando repartíamos la comida, primero se le servía a mi hermano (era el único hombre y, por tanto, le correspondía una ración más grande que la nuestra), después, a mi hermana mayor (que

se encontraba en peores condiciones físicas), luego a mi hermana pequeña y, finalmente, lo que sobraba era lo que quedaba para mí. Como mi constitución era más fuerte y robusta, mis padres siempre decían que yo tenía más resistencia que el resto de mis hermanas y que no pasaba nada si comía un poco menos. Además, cuando salíamos al campo, siempre era yo la que tenía que ayudar con las tareas más pesadas. Por las mañanas, mi hermana mayor se iba al pueblo más cercano, donde recibía clases para aprender el oficio de costurera, mientras yo me quedaba con mis padres trabajando.

Para mí el trabajo físico no era un problema, y no me quejaba ni protestaba como los niños de hoy en día. De hecho, me gustaba salir con mi padre al campo y ayudarlo. Yo era demasiado seria para mi edad y él demasiado divertido y juvenil para la suya, así que hacíamos una buena pareja. En el campo cultivábamos de todo: patatas, algodón, naranjas, uvas... Era un trabajo muy cansado: me levantaba nada más salir el sol y regresaba a casa en cuanto comenzaba a anochecer. En cuanto llegaba, cenaba y me iba directamente a dormir. En ese entonces, no traspasábamos como hacen los jóvenes de ahora, sino que nos acostábamos muy pronto, en gran medida debido al agotamiento físico causado por el trabajo, pero también porque no teníamos nada mejor que hacer. Vivíamos en condiciones muy humildes, con lo justo para subsistir, y a pesar de todo, éramos felices. Supongo que esta felicidad procedía principalmente de la ignorancia, lo cierto es que no conocíamos otra manera de vivir. ¡Y cuánto echo de menos esa feliz ignorancia! Ahora que tenemos tantas cosas, tantas posibilidades, tantas maneras de vivir, no veo más que insatisfacción y descontento. A veces me gustaría poder regresar a ese modo de vida más austero y sencillo...

Al cumplir los 12 años, mi madre me dijo que había llegado el momento de que saliera de casa y encontrara un trabajo que aportara más beneficios a la familia. Mi madre era todo lo contrario a mi padre: era una mujer dura y severa tanto consigo misma como con el resto de personas. Yo la respetaba y temía al mismo tiempo; siempre aceptaba todo lo que ella decía sin rechistar. A los

pocos meses, mi madre me comentó que había encontrado una pequeña finca donde estaban buscando mujeres jóvenes para trabajar. Al principio, mi abuela se opuso:

- Pero María, ¿no crees que es demasiado pequeña? Quizás deberíamos tenerla un año más en casa y después...

- ¡De eso nada! - mi madre era muy tajante cuando se enfadaba y no admitía un “no” por respuesta - Yo salí de casa para trabajar a esa edad, y tú también, así que ella seguirá la tradición familiar. No quiero que me salga malcriada la niña... ¡Y no hay más que hablar!

Llegué a la finca a finales de abril. Recuerdo que el primer día de trabajo estaba muy nerviosa, mi corazón latía con fuerza contra mi pecho y me sudaban las manos. No quería decepcionar a mi familia, deseaba con toda mi alma mostrarles que no era una inútil y que podía aportar un sueldo a mi hogar. Sin embargo, no dejaba de ser una niña que se separaba de sus padres por primera vez y, por tanto, no podía evitar tener miedo. En mi primer día, el jefe me explicó el trabajo que tendría que hacer, me indicó las horas de descanso para las comidas y me enseñó la habitación que compartiría con otras 15 mujeres. Mientras él hablaba, yo mantenía la mirada clavada en el suelo y asentía a todo lo que decía. El cuerpo me temblaba de la cabeza a los pies y me sentía muy intimidada ante la presencia de aquel hombre de enormes manos peludas y voz grave. En ese momento, yo lo percibía como si fuera un gigante de dientes afilados capaz de devorarme si hacía mal mi trabajo. ¡Imagínate lo asustada que estaba! En cuanto el jefe se fue y dio comienzo la jornada de trabajo, una mujer joven se me acercó. Tendría unos 20 años y su rostro redondo, adornado por unos hermosos ojos azules, me transmitió tal dulzura que mis temores se apaciguaron al instante. La mujer puso su mano callosa sobre mi hombro y me miró con una sonrisa.

- Bienvenida. Si necesitas cualquier cosa puedes contar conmigo. -

Sus amables palabras se me quedaron grabadas en el corazón. A partir de

ese día dejé de tener miedo. Sabía que no estaba sola, que en caso de necesidad podía contar con aquellas mujeres. A pesar del duro trabajo, el periodo que pasé en aquella finca fue de los más felices de mi vida. Yo era la más pequeña de las trabajadoras, y todas me trataban como si fuera su hija o hermana pequeña. Siempre me daban consejos sobre cómo hacer el trabajo de manera más eficiente o me contaban historias sobre sus familias y sus amores. Uno de sus pasatiempos preferidos era lavarme el pelo, que en ese entonces me llegaba hasta la altura de las caderas; les encantaba cepillármelo y hacerme peinados. Por las noches, cuando hacía buen tiempo, salíamos al aire libre y nos quedábamos horas y horas charlando sobre qué haríamos cuando volviéramos a casa. En ocasiones, Maria Luisa se levantaba con buen pie y nos deleitaba con su hermosa voz, cantando las más apasionadas canciones de amor. Nosotras aplaudíamos cada una de sus actuaciones y la animábamos a que nos cantara alguna canción más. Esas noches mágicas, a la luz de las estrellas, no las cambiaría por nada del mundo.

Hubo un día en concreto que jamás olvidaré. Recuerdo que aquella mañana me levanté sintiendo molestias en la barriga, pero no le di demasiada importancia. Aquel día hacía más calor de lo normal y la cabeza me daba vueltas. Me puse a trabajar y conseguí aguantar durante las primeras horas de la mañana, sin embargo, cuando nos reincorporamos al trabajo después de la comida, el dolor era tan intenso que me tuve que parar por un instante. Una de las mujeres se dio cuenta de que yo no paraba de apretar los brazos contra la parte baja de mi estómago y se acercó para preguntarme si estaba bien. Mientras le contaba lo que me pasaba, las lágrimas empezaron a resbalar por mi rostro de lo asustada que estaba, ya que nunca había sentido un dolor de barriga tan fuerte. Entonces la mujer, mirándome con atención, me preguntó:

- ¿Te ha bajado la regla alguna vez? -

Negué con la cabeza asustada. Mi madre me había hablado de la menstruación, pero yo lo veía como algo muy lejano, que nunca me pasaría. La mujer esbozó una sonrisa en su rostro y cogiéndome de la mano con dulzura,

me acompañó a la habitación. Entonces me bajé los pantalones y ahí estaba la sangre, de un color rojo intenso. Al verla, me puse totalmente pálida y me entraron ganas de vomitar.

- Eso... ¿Ha salido de mí? -

La mujer soltó una pequeña carcajada. Su risa era alegre y cantarina. Asintió con la cabeza y me dio un fuerte abrazo mientras yo lloraba, pensando que me iba a morir.

- ¡Pero no llores, mujer! La menstruación es algo bueno. Significa que ya has dejado de ser una niña y te has convertido en toda una mujer. -

Aquella noche, tuve un terrible dolor de ovarios. Sin embargo, no estaba sola. Ellas, mis compañeras, mis hermanas, estaban ahí conmigo, ayudándome en todo lo que podían. Durante los 7 días que duró mi primera regla, se turnaron por las noches para dormir conmigo. Me acariciaban el pelo y me contaban historias para distraerme del dolor hasta que me quedaba dormida.

En los meses que pasé en aquella finca trabajé muy duro, pero gané unas amigas a las que no olvidaré en la vida.